



Pucholo 10 CIMS.

Año II

Redacción y Administración: Casanova, 55 y 57 - Barcelona

Núm. 10

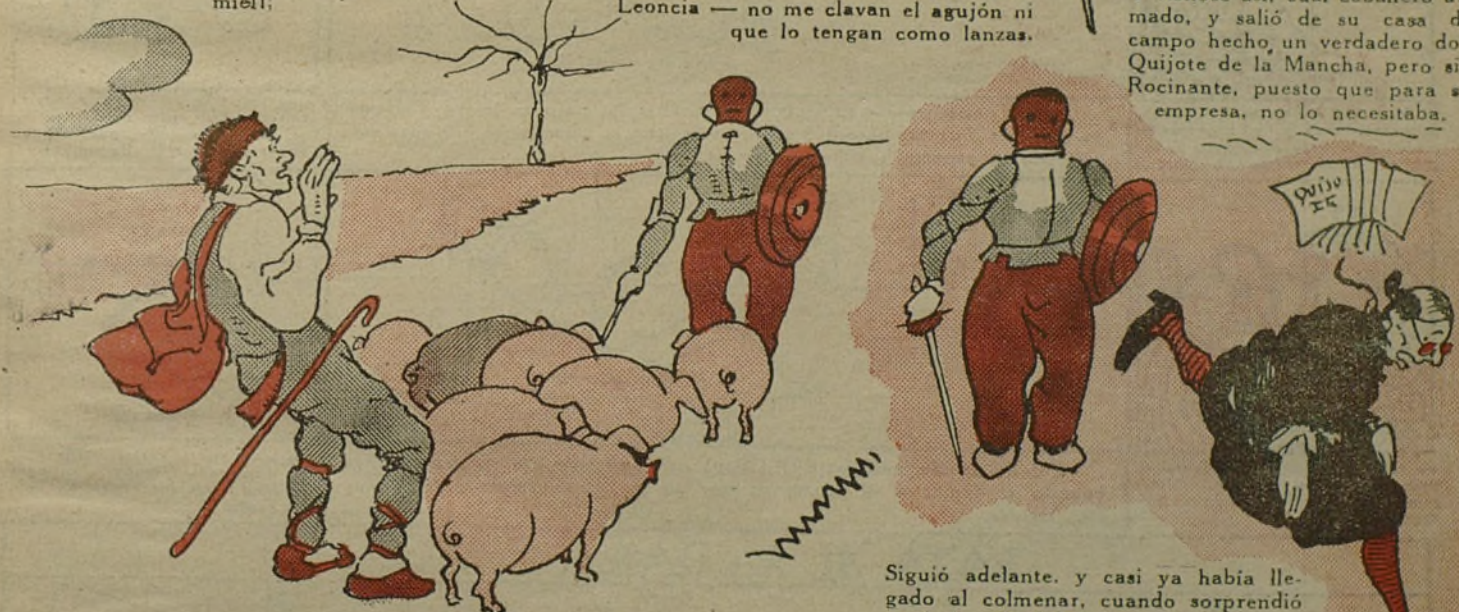
MIEL AMARGA



Al tío Trifulcas, ¡hay que ver como le pusieron las abejas el año anterior, al ir a recoger la miel!

—No, lo que es esta vez — dijo al año siguiente a su mujer, la tía Leoncia — no me clavan el agujón ni que lo tengan como lanzas.

Y vistióse así, cual caballero armado, y salió de su casa de campo hecho un verdadero don Quijote de la Mancha, pero sin Rocinante, puesto que para su empresa, no lo necesitaba.



Pocos pasos había andado, y con no poca dificultad, en dirección a las colmenas, cuando ¡hete aquí que se encuentra con un pastor de cerdos, que menudo fué el susto que se llevó!

Siguió adelante, y casi ya había llegado al colmenar, cuando sorprendió también, dándole el consiguiente espanto, a la maestra del pueblo, que por aquellos lugares iba de paseo y leyendo.



Rápidamente, pues, corrió la voz por Vilacántaro de que en las cercanías se había aparecido un duende y las autoridades mandaron la Guardia civil para lo que fuese necesario.

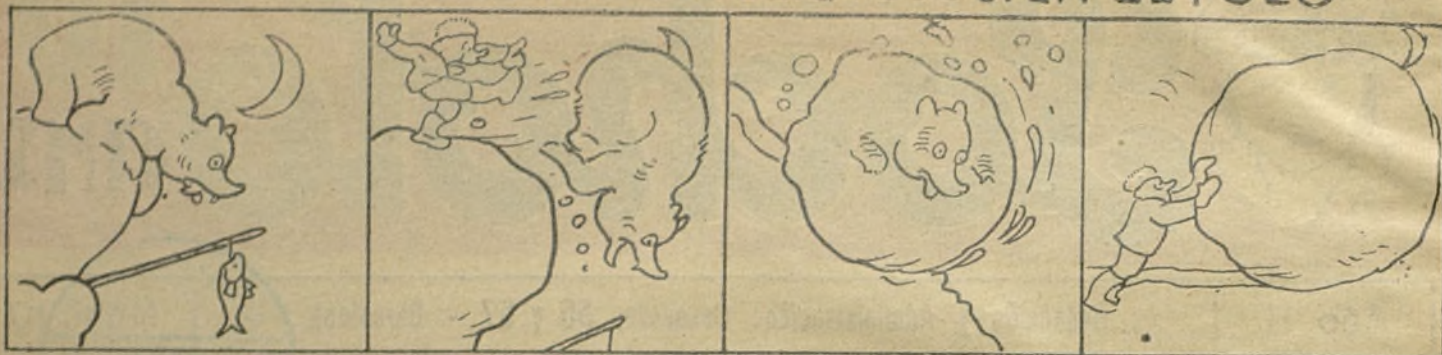


Acudió muy presta a aquel lugar y cerciorada de que existía el duende, le obligaron a ren-

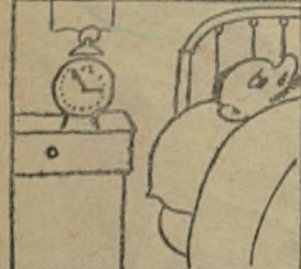


dirse y se lo llevaron atado, sin querer oír sus excusas y explicaciones. Lo que decía el tío Trifulcas: — ¡Tan sabrosa y dulce que todo el mundo encuentra la miel y para mí tan amarga!

COMO CAZABA D. HELIO. OSOS. EN EL POLO



Eulogio no puede dormir



A Eulogio no le deja dormir su despertador, porque — dice él — debe tener un cuco metido dentro. Desesperado se levanta, coge

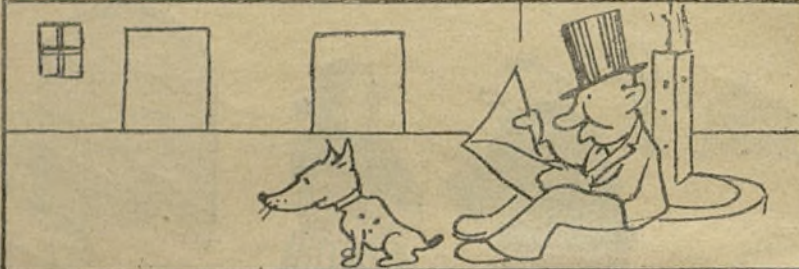


el despertador y empieza a quitarse la pieza, hasta que al fin viene su mujer y le reprende, pero Eulogio se queda tranquilo porque

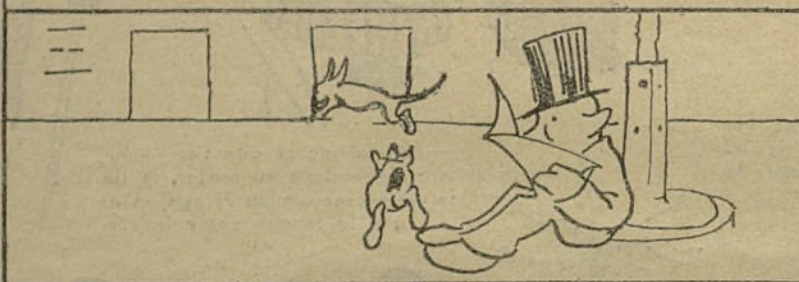


ya no se oye el cuco. Ahora su preocupación consiste en determinar qué hará con tantas ruedecitas.

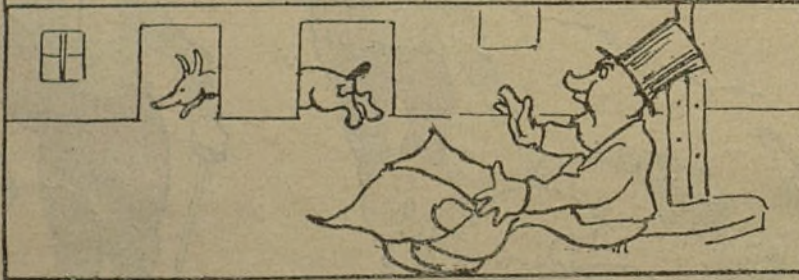
ESTE NO ES MI PERRO...



Don Crispin Butifarrero ha salido a dar un paseo acompañado de su perro, que es un hermoso basset, y se detiene a leer el periódico aprovechando que hace un día muy hermoso.



Sigue ensimismado en la lectura D. Crispin, pero su perro que está ya cansado de estar parado empieza a jugar y a perseguirse con otro perrito de su especie que ha pasado por allí.



Por fin decide marcharse D. Crispin pero su asombro no tiene límites cuando al llamar a su perro, ve que se lo han alargado a lo menos tres metros.

Pescador poco afortunado



Pirngato es un pescador muy pacienzudo. Durante cuatro horas que mantiene la caña en alto y aún no ha picado ningún pez. Quedóse durmiendo y entonces

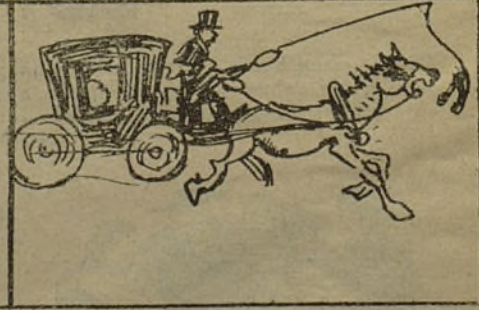


una sacudida le despierta sobresaltado. Tira de la caña y extrae un pescado enorme, que alguien aprovecha detrás de la tapia.



Esto se repite varias veces y al fin Pirngato regresa a su casa creyendo que los peces ha sido un sueño.

VAYA SI ANDARA...



No había manera de que el caballo de Narizotas siguiera adelante en cuanto le pesaba un poquitin la carga. Pero el cochero, hombre de ingenio, encontró el remedio para no

tener "panne" cada dos por tres. Colocó al extremo del látigo un par de algarrobos y no hay que decir que para alcanzarlas el infeliz caballo no corría, que volaba.



Dos payeses están sentados en pleno campo, uno de ellos dice: —Oye, Antonio, ¿no tenías una vaca enferma?

—Sí, ¡ya lo creo!
—¿Y qué le diste?
—Aceite de trementina.
—Muy bien, muchas gracias; adiós.

Y se marcha con una cara de idiota que hace temblar.

Leoncio, el otro payés está horrorizado ante el cadáver de



su antes hermosa vaca que ha muerto súbitamente después de darle la medicina.

A la mañana siguiente, Leoncio va a casa de Antonio, y le dice:

—Antonio, ¿sabes que di a la vaca aceite de trementina y se me ha muerto de repente esta noche?

—Vengan estos cinco, muchacho, exacto pasó a la mía — dice Antonio.



EL BUFÓN

Existió muchos años hace un Rey llamado Eustaquio el Irascible, el cual a pesar de sus riquezas y poderío no era feliz, pues habían sido tantas sus desdichas e infortunios durante su reinado, que llegó a ambicionar la felicidad de cualquiera de sus vasallos. Tan sólo se le hacía llevadera la vida, distrayéndose de sus pesares,

al fijarse en su hija, la princesita Elionor, hermosa doncella, que tanto como hermosa era buena y cariñosa. Con ella se portaba bien, aunque no la hacía objeto del trato afable que se merecía. No obstante, un día la hizo promesa de que para celebrar el santo de ella daría en su palacio una fiesta como pocas se podían haber celebrado. Efectivamente, cumpliendo su palabra, llegó el día de la princesa Elionor y aquel

palacio presentaba un efecto deslumbrador de riqueza y buen gusto y sobre todo lo hacía más magnífico aun la gran concurrencia de invitados y servidores. No faltó allí tampoco el Bufón para hacer alarde de sus agudezas y gestos divertidos, amenizando la fiesta. Todo lo contemplaba Elionor con verdadero gozo y satisfecha de que su padre, siquiera por una sola vez, hubiese querido que en su palacio reinase la magnificencia, haciendo así que se disiparan las murmuraciones de que aquel era el Palacio triste. Eran las conversaciones animadas, hubo canto y baile y con las armonías de la música la fiesta resultaba deliciosa. Mas he aquí que un hecho inesperado vino a interrumpir la alegría, adueñándose el asombro de todos los asistentes. Fué el hecho que el bufón, movido por un sentimiento de piedad, pareciéndole que el Rey no participaba plenamente de aquella alegría y bullicio, exageró sus muecas y ademanes para divertirle, pero, sin darse cuenta, con el codo derri-

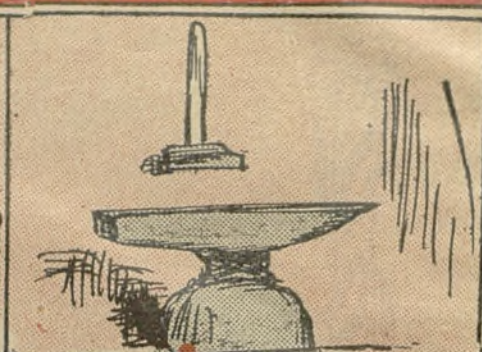
bó al suelo uno de los mejores candelabros de cristal que el Rey tenía en grande estima, por ser de un valor inapreciable y además un recuerdo de sus antepasados. ¡Cuán desgraciado fué el pobre bufón precisamente por su noble y generoso deseo! No supo el Rey comprenderlo y exasperado ordenó a los guardias de palacio que lo apaleasen y lo encerrasen luego en uno de los calabozos más lúgubres del castillo. No hay porque mencionar que la orden se cumplió inmediatamente y por tanto la fiesta terminó no con tanta animación y alegría. El Rey se retiró a una de sus habitaciones y ya nadie supo de él durante algún tiempo. Si éste, como hemos dicho, no supo comprender la nobleza del bufón al exagerar sus habilidades, no ocurría igual con la princesita, que sufrió infinito al notar la cólera de su padre y la poca piedad con aquel desventurado. Movida a compasión, creyó conveniente aguardar unos po-



cos días para interceder a su favor, pero fué inútil, el Rey la rechazó y dijo que si le iba con la misma súplica otra vez, mandaría encerrarla a ella. Desistió la bondadosa princesa, pero ocurrió que el Rey, con lo colérico que se puso y el disgusto que le.....

(Continuará)

PEDRIN EL HIJO DEL HERRERO



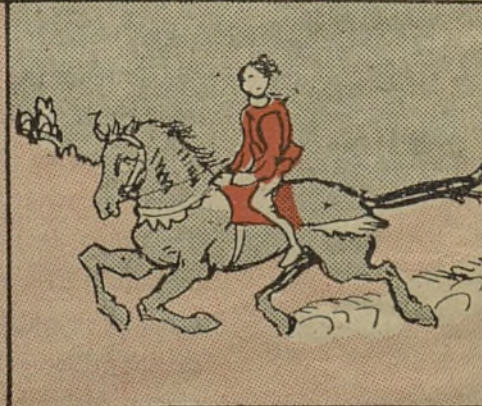
Vivían en un pueblecito de Navarra Tomás el herrero y sus dos hijos, Pedrin y Herminia. Trabajaba el buen hombre con el mayor ahínco y Pedrin, que era ya un mozalbete, le auxiliaba cuanto podía en tanto que Herminia cuidaba de la casa como no lo hubiera podido hacer mejor otra mujer. Un día el buen Tomás se puso muy enfermo y dándose cuenta de que iba a morir se despidió de sus dos hijos con un abrazo,

y dirigiéndose a Pedrin le hizo esta revelación: —Hijo mío, ruega por mí, sé trabajador y honrado, cuida de tu hermana y si un día en el transcurso de tu vida te vieses amenazado por la pobreza o cualquier desgracia descuelga aquel martillo de bronce y das con él unos golpes en el yunque que por el poder mágico que tiene verás alejarse de ti todas las calamidades y podrás ganar inclusive bastante dinero. —



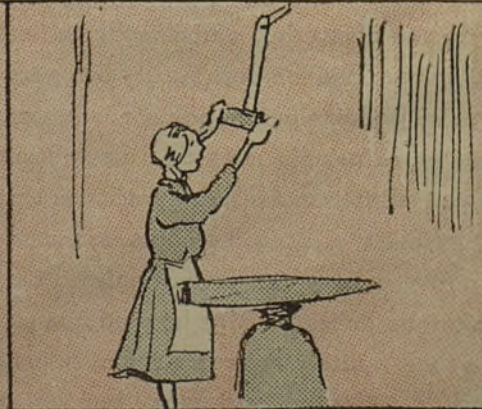
Murió, por fin, el buen Tomás y quedó Pedrin contemplando colgada en una de las paredes de la herrería aquella herramienta que él hasta entonces ignoraba que fuese un talismán. Transcurrió algún tiempo y Pedrin, siguiendo los consejos de su padre, trabajaba muy afanoso, cuando un día se le presentó a la puerta de su casa un hombre montado a caballo, el cual le dijo: —Buen mozo, soy un viejo comerciante de

un país extranjero y antes de regresar a mi patria tengo algunos asuntos que resolver y acudo a ti, puesto que sé que eres muy honrado, para suplicarte que guardes por unos días mi caballo y este dinero que traigo en el bolso; luego ya te recompensaré. — Accedió Pedrin, y tan pronto se había alejado aquel viejo, exclamó, dirigiéndose a su hermana: —¿No crees tú, Herminia, que puesto que ha de tardar en



volver ese hombre podríamos huir llevándonos este dinero y el caballo? —¿De ninguna manera!—respondió la hermana.—Esto sería una mala acción y además que para un caso necesitado ya sabes lo que dijo nuestro padre que debías hacer. — Pedrin comprendió cuán justa era su hermana y se arrepintió de aquello que acababa de proponer. Pasaron varios días y aquel buen hombre no compareció por casa del

herrero y ya Pedrin desconfiaba de su regreso cuando recibió una carta de él, diciéndole que había caído prisionero y el punto donde se encontraba y que sólo sería libertado entregando la suma que antes le dejó, rogándole se la llevara, pues Pedrin no correría peligro alguno. Consultó el caso con su hermana y ésta le contestó: —Lo ves; si hubiésemos robado este dinero ¿cómo se habría librado ese pobre hom-



bre? — Salió, pues, Pedrin montado en aquel caballo que guardaba y en dirección al sitio indicado, pero había andado muy pocos kilómetros cuando fue sorprendido por unos bandidos que le obligaron a pararse y le robaron el dinero que llevaba. Atáronle pies y manos y le condujeron vendado de ojos a una covacha que, sin duda, debía ser la guarida de

aquellos malhechores. Herminia, después de haber transcurrido muchas horas sin que su hermano tampoco regresase, creyó que algo extraño le había ocurrido y, acordándose entonces del poder mágico de aquel martillo, que nunca había utilizado, lo descolgó y

(Continuará)

LA MINA DE WALTER-ENCUNFF

CAPITULO VI - JORNADAS DE TRABAJO



—Se acabó, coged herramientas y a trabajar. ¿Tú como te llamas, sabioncillo? — dijo Walter-Encunff, dirigiéndose a Jack. —Me llaman Jack — contestó el interpelado. —Pues coge un pico y ponte a excavar como aquellos. ¿Y tú? —Daniel. —Coge una pala y a retirar la tierra que arranque tu compañero. ¿Y tú? —Jaime. —Coge una carretilla y transporta la tierra que te eche Daniel. —Pues sencillamente, sabio y misterioso Dr. Magnus — interrumpió Jack — a mí no me da la real gana de hacer lo que

me ha dicho. —Y a mí tampoco — dijo Daniel. —Ni a mí — se solidarizó, como siempre, Jaime. — El Dr. Magnus hizo una incomprensible señal y por la oscuridad del pasillo por el que habían sido conducidos aparecieron dos hombres robustos, de una estatura extraordinaria, de facciones brutas y grandes, y de una musculatura excepcional. —Estos son mis dos únicos criados; lo fueron en la otra vida y siguen siéndome fieles en las profundidades de estas rocas. —¿Y a nosotros qué nos importa? — dijo Da-



niel, que iba reponiéndose poco a poco de su temor. —¿No os importa? ¡Registrarlos y despojarlos de todo cuanto lleven! — dijo a los criados. — Estos obedecieron y quitaron a Jack y a sus compañeros cuanto habían adquirido para su excursión, que tan fatigadamente había terminado. Una vez desposeídos de sus objetos, fueron transportados, al igual que al principio, por aquellos robustos brazos a los que no ofrecían obstáculos los esfuerzos por libertarse de los muchachos. Se acordaron de las palabras del

doctor y creyeron más oportuno trabajar para ganarse la comida, que bien les hacía falta, y librarse de los malos ratos, que, al parecer, Walter-Encunff estaba dispuesto a darles por medio de sus temibles criados. Así, pues, armados de las referidas herramientas, se dispusieron a actuar de mineros. Tras larga jornada de trabajo, tuvieron orden de dejarlo, y sentados en el suelo, les fué servida una comida que por cierto era abundante y no de mala calidad. Excuso decir que comieron con un apetito desmedido.



Para Nacho, les fueron señalados unos camastros alineados como en un cuartel y bien provistos de ropa. Eran ya 15 los muchachos que habían caído en poder de aquel hombre enigmático y codicioso; entre ellos había de todo: altos, delgados, gordos, bajos, simpáticos, antipáticos, optimistas, pesimistas, graciosos, sosos, miedosos, valientes. . . A Jack, de estos calificativos, se le podían aplicar los de alto, delgado, simpático, optimista, gracioso y valien-

te. A Daniel los de alto, antipático, optimista, soso y valiente. Y, por último, a Jaime, los de bajo, simpático, pesimista, alegre y miedoso. A pesar de ello, entre los tres camaradas formaban un compendio de los diversos caracteres y, sin embargo, la unión era franca e indisoluble entre ellos. — Fin del capítulo VI.

(El próximo capítulo se titulará: "La rebelión")



ACEITUNAS



Convidóse cierto sujeto a comer en casa de un amigo, y éste, que andaba escaso de dinero, le sacó unas aceitunas.

—¡Hombre!—dijo el convidado—. En mi tierra esto es lo último que se saca a la mesa.

Y el otro respondió:
—Y aquí también.

EL NUEVO ASISTENTE



Tu misión es cuidar de los niños; por las tardes llevarlos al parque, procurando no se metan por los jardines... ¿Entendido?

—Sí, señor, mi coronel. Eso lo hago yo como nadie.

—Bien, hombre. ¿Es que en tu pueblo habías cuidado?

—Cosa por el estilo: cuidaba de los cerdos.

LOS PERROS COMO BAROMETRO



Los marinos son muy aficionados a tener animales a bordo, sobre todo perros.

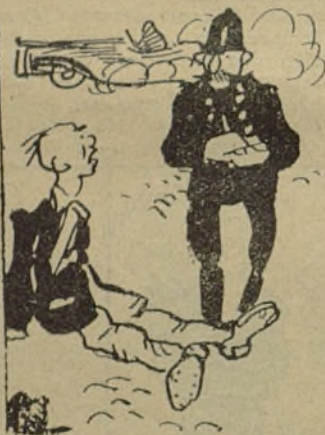
Aparte de la compañía que hacen, los perros constituyen un barómetro de mucha confianza, que avisa con anticipación la proximidad de las tormentas.

Casi todos los perros son muy

cobardes cuando truena y relampaguea, y es raro el que durante un temporal en el mar se muestre sereno. En esto son peores que las mujeres.

Más de uno adivina cuándo viene una tormenta, mucho antes de que ésta aparezca o de que cambie el barómetro. Se muestran entonces inquietos, gimen y no quieren separarse de su amo, cual si le pidieran protección. Al estar ya encima la tormenta, desaparecen y suele encontrárselos en algún sitio oscuro, donde no puedan ver ni ser vistos.

OCURRIDO



Cierta vez un transeunte fué atropellado en la vía pública por un auto, fracturándole las dos piernas. Acudió un agente y tomó nota del caso.

—¿Su nombre?

—Juan López, —gimió el herido.

—¿Estado?

—¿Todavía me lo pregunta?

EL OJO HUMANO



Un oculista alemán afirma que de cada 15 casos sólo en uno están ambos ojos en buenas condiciones. En 7 casos de cada 10 un ojo es más fuerte que el otro. Cerca del 50 % de las personas aprecian imperfectamente los colores vivos.

PUROR FOTOGRAFICO



—El fotógrafo pregunta si podrían ustedes volver a empezar el desafío. No le han salido bien los primeros clichés.

ROMPECABEZAS



¿Dónde está el práctico?

LA NOTORIEDAD DE LOS CRIMINALES



—Pero, vamos a ver, para matar a tanta gente que le era a usted desconocida, tendría usted un fin. ¿Era el robo?

—¡Jamás! Yo no soy un ladrón. Quería únicamente ver publicado mi retrato en los periódicos.

LAS UÑAS

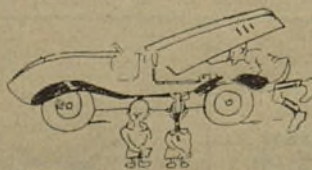


El crecimiento rápido de las uñas se considera como signo de buena salud.

¿Cuál es la ciudad de España peor alumbrada?

Madrid, que sólo tiene una Bombilla.

UN OGRO MODERNO



—¡Mira qué boca! Si el hombre se descuida, lo traga.

¡Roñosos!



—¡Caramba, qué roñosería! No se ve ni un limpiadientes. ¿Quiere Vd. prestarme el suyo?

—¡Caballero!

—No tenga Vd. cuidado; se lo devolveré en cuanto lo use, mi mujer,

UN BEBEDOR



A un bebedor empedernido, que padecía del estómago, el médico le aconsejó que no bebiera más el vino solo.

Al día siguiente el doctor le pregunta:

—¿Cómo va ese estómago?

—Peor que ayer.

—Es que habrá vuelto a beber el vino solo.

—No, señor; me acompañó



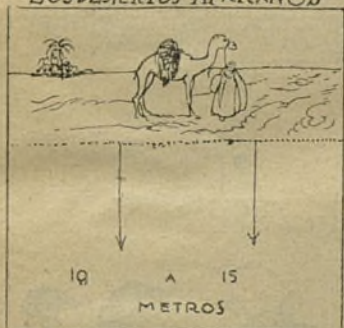
EL BOFETÓN



—¿Y tú te marchaste cuando te pegó la bofetada? Yo me hubiese quedado.

—¡Oh! Yo también me hubiera quedado si el bofetón te lo hubiesen dado a ti.

LOS DESIERTOS AFRICANOS



La capa de arena que cubre los desiertos africanos mide de diez a quince metros de profundidad.

LOS AUTOMOVILES



—Es horrible. Un automóvil con tres personas, y ha habido seis muertos.

—¿Seis muertos?

—Los tres que iban dentro y tres atropellados, y éstos no tuvieron siquiera el consuelo de divertirse con el sport.

El colmo de un relojero: Dar cuerda a un reloj de sol.



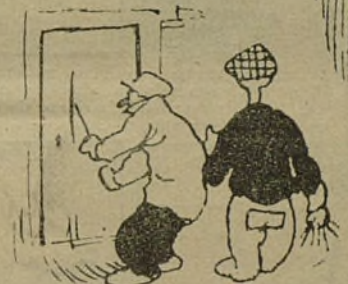
—Cálmese, mi querido amigo. Yo soy un león que no come más que hombres.

QUANTES DE GALLINA



A principios del siglo XVII estuvieron muy en boga los quantes de piel de gallina. Se usaban por la noche al acostarse para dar a la piel de la mano blancura y finura.

BUEN CONSEJO



Estaban unos ladrones desquiciando una puerta para robar lo que había en la casa; sintiólo el dueño, que de estúpido tenía algo y aún algo. Asomóse a una ventana, y les dijo:

—Señores; de aquí a un rato podéis volver porque ahora no estamos aún acostados, y os podemos oír.

EL ARROZ



Los chinos y los japoneses fabrican bebidas alcohólicas con arroz.

ANÉCDOTA



En un colegio particular preguntaba el director a su pasante:

—¿Hay este año muchos alumnos alistasos?

—No, señor — respondió el pasante —, alistasos hay pocos; casi todos parecen atontaos.

Al terminar un juicio el Presidente de la Sala pregunta al acusado si tiene algo que añadir a lo manifestado por su defensor.

El acusado. — Sí, señor Presidente. He de hacer constar que la culpa de que yo esté aquí la tiene mi médico.

El Presidente. — Explíquese usted.

El acusado. — Digo que la culpa es de mi médico, que me tenía ordenado que en cuanto me levantase de la cama debía

tomar algo. El día de autos aproveché la ocasión que se me presentaba para tomar una cartera.

La confección de un billete de mil pesetas cuesta unos diez céntimos.

¿Qué animal se queda cojo cuando le matan la hembra?

El pato, porque pierde la pata.

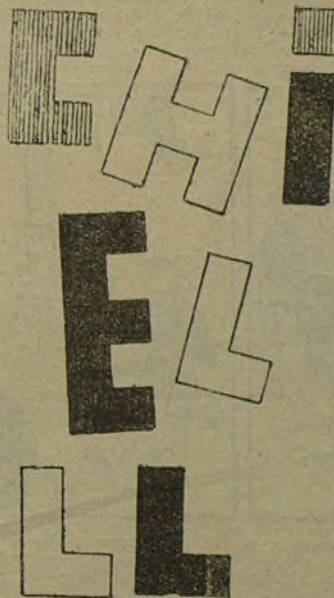
El colmo de un astrónomo: Observar la luna... de un espejo.

NEWTON



Edison solo comía vegetales; Newton, el célebre matemático, tampoco comía carne, y otro tanto ocurría a los filósofos y sabios de Grecia.

Concurso núm. 3



Se trata en el presente Concurso de reunir estas letras de manera que formen UN CUADRADO.

Para ello hay que recortarlas una por una y, sin volverlas del revés, ir pegándolas en un papel procurando que encajen bien unas con otras.

A ver quién de vosotros, niños, con un poco de paciencia lo logra.

PREMIOS PARA ESTE CONCURSO

Para los niños: una caja Metaling, del n.º 1, para construir aeroplanos, puentes, grúas, etc. y cinco bonitos libros de cuentos.

Para las niñas: un juego completo de utensilios de aluminio para cocina y cinco bonitos libros de cuentos.

Condiciones. — Podrán tomar parte en este concurso todos los niños y niñas que compren **POCHOLO**, siendo indispensable nos remitan las contestaciones antes del día 31 de Enero de 1932, acompañadas del boletín que va al final.

Cada niño o niña podrá remitir el número de contestaciones que tenga por conveniente, siempre que cada contestación vaya acompañada de un boletín.

Cuando sean varios los concursantes que nos manden la solución exacta de un concurso, se sortearán los premios entre los mismos.

Advertencia. — Suplicamos a los concursantes que al remitirnos las soluciones escriban con toda claridad su nombre y apellidos, expresando además la población y calle de su residencia.

Por las cataratas del Niágara se precipitan 100 millones de toneladas de agua cada hora.

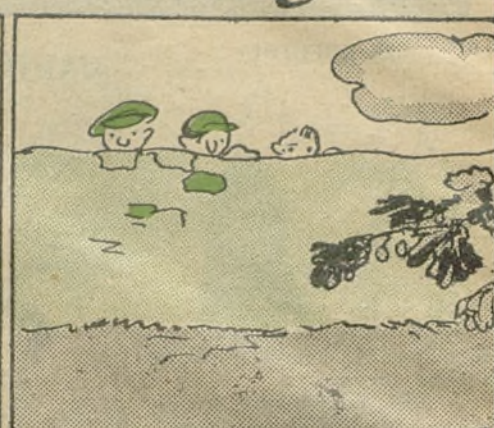
El colmo de un curtidor: Trabajar en cueros.

El colmo de un sordo: Tocar de oído.

BOLETÍN

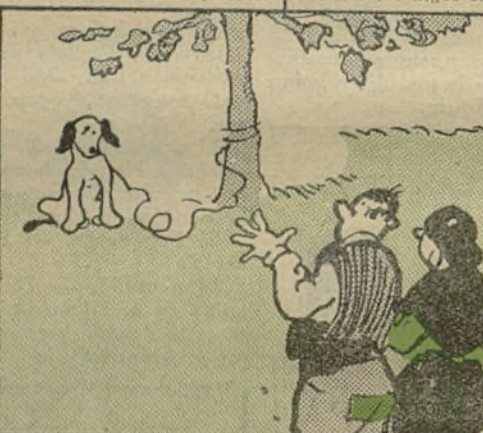
que debe acompañarse a cada solución que se nos remita para el Concurso n.º 3 de **POCHOLO**

¡Qué buenos estaban los higos!



Había que ver cómo trabajaba durante el año el Sr. Calabazas para que la higuera de su huerto al llegar el verano apareciese bien cargada de fruto. No transcurría ningún día sin que el pobre señor dedicase parte de su trabajo al cuidado del frutal para él tan querido.

Sin embargo, hacía tres o cuatro años que no había podido comer higos de su huerto, no porque se los hubiesen comido los pájaros, sino porque se los robaban los muchachos del pueblo. —No, lo que es este año, en cuanto los higos empiecen a estar sazonados no habrá quien se acerque



a ellos — le decía a su mujer. — Ya verás tú de qué medio me valgo para que no me quiten ni uno solo. — Y así diciendo se fué al huerto y le enseñó donde dejaría atado su perro para que ejerciese de guardián. Llegó la época en que están los higos maduros y los chicos que, duran-

te algún tiempo también estaban anhelando poderlos comer, acudían, aprovechando la ausencia del Sr. Calabazas. Pero, ¡vaya! Esta vez si que no podrían burlarse de él, porque... —Mira quién está ahí — se decían unos niños a otros. —Caramba, pronto os amedrantáis — con-



testó uno. — Ya veréis cómo vamos a-arreglarnos para poder coger higos. — Se acercaron al árbol en el que estaba atado el perro y hay que ver de qué manera se enfurece el animal y cómo se lanza en per-

secución de los chicos. No corría el fiel guardián, sino que estuvo dando vueltas hasta que ya no le quedaba otra solución que quedarse quieto o ahogarse él mismo. Entonces los ladronzuelos pudieron hacer li-



brememente de las suyas, llenándose la barriga y se fueron después con los bolsillos repletos de higos, dejando el árbol más pelado que si hubiese pasado un huracán. Decídmelo, ahora, sino tenía razón el bendito

Sr. Calabazas, cuando al darse cuenta de que otra vez había sido robado exclamaba: —¡Esto es el colmo! ¡Hay para pegarse un tiro! — Pero luego añadió: —¡La cosecha próxima ya veremos quién la toca! (?)